

Literatura y violencia en Colombia: del fracaso de la sociedad y el estado, a la búsqueda de la solución

Cuando se piensa en un corpus de literatura que trate el tema de la violencia en Colombia, tenemos una lista casi interminable, en especial al período histórico conocido como La Violencia (comprendido entre 1946 y 1953), y una época más reciente en el que se integrarían aquellos textos que se les conoce como la novela sicarésca.¹ Es precisamente por eso que quiero enfocarme en tres novelas representativas de estos períodos: *El día señalado* (1964) de Manuel Mejía Vallejo, *La virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo y *Angosta* (2003) de Héctor Abad Faciolince.

En general, las novelas de estos períodos históricos se caracterizan por la gran crueldad de los hechos narrados, y como lo señala María Helena Rueda (2008), por una aparente incapacidad del texto mismo ya que los eventos que se intentan relatar en estas novelas son: “hechos irreversibles que siempre preceden y sobrepasan lo que se escribe acerca de ellos” (p. 346).² Es por esto que, si bien el texto literario presenta una visión alternativa de la historia, no es capaz de restituir las injusticias del pasado. Sin embargo, aunque las novelas analizadas aquí están llenas de hechos brutales, sí pueden leerse como posibles soluciones para el futuro. Por lo

¹ Este término se le atribuye al escritor y columnista Héctor Abad Faciolince, quien lo usó inicialmente en la década de 1990 para referirse a todas aquellas novelas y películas que tenían como protagonista un sicario, un adolescente quien mata por dinero. El término se usa al comparar este tipo de novelas con la picaresca española, tan popular durante el Siglo de Oro. Ambas siguen características muy similares, dentro de las que se pueden destacar el protagonista antihéroe con un pasado desconocido; el protagonista quiere mejorar su situación de vida pero fracasa; y el uso del naturalismo y realismo para describir los aspectos más desagradables de la realidad.

² Este ensayo se encuentra en la *Revista Iberoamericana* Núm. 223 titulado: “Violentamente Colombia”, 2008.

tanto, mi argumento se enfoca en analizar cómo estas novelas presentan el fracaso que han sido las respuestas más comunes ha hechos violentos, y de esta manera nos sugieren otros caminos que podrían, de alguna manera, terminar con el círculo vicioso que ha sido la violencia en Colombia. Así, la literatura aquí resalta las fallos de la sociedad y el estado, pero así mismo nos permite imaginar otros resultados.

I

La Violencia ha sido considerada como uno de los períodos más sangrientos en la historia de Colombia, y se ha argumentado que ésta se debió básicamente a las guerras que se llevaron a cabo entre los dos principales partidos políticos en Colombia: el conservador y el liberal. Sin embargo, algunos estudios han cuestionado este argumento y han presentado el conflicto como una guerra con intereses individuales antes que colectivos o políticos.³

Así lo ve el escritor Manuel Mejía Vallejo y por este motivo su novela *El día señalado* se diferencia de la gran mayoría de obras que se escribieron sobre este período, ya que se adentra en el interior de un pueblo y sus habitantes. Así mismo, esta novela, por su temática y estilo narrativo, ha sido considerada como uno de los tres pilares de la novela de La Violencia al lado de *El Cristo de espaldas* (1952) de Eduardo Caballero Calderón y *La mala hora* (1962) de Gabriel García Márquez. En este ensayo analizaré cómo el conflicto en esta novela se plasma en

³ Dentro de estos estudios, debe destacarse el realizado por Mary Roldán (2002) sobre este período en el departamento de Antioquia. En este se presenta una guerra que ha perdido su objetivo, y sobre la cual ya no se tiene ningún tipo de control por parte de los participantes:
 “By 1949 it was apparent that Antioquia, like Colombia was a house divided. There was no one who could ‘enforce the state’s authority’: not the president, not the governor, not municipal leaders, not disgruntled party members... the very forces that should have represented the principle of order were nothing more than one among a competing array of armed groups, all of whom ultimately answered to private and particular interests and not to the interests of the public.” (p.45)

una exploración de los modelos del padre, como figura y como base de una autoridad que organiza el espacio nacional.

El día señalado fue publicada en 1964⁴ y toma lugar en el pueblo ficticio de Tambo, el cual se convierte en una imagen alegórica de Colombia. Como lo señala Maria Helena Rueda (2008), esta novela sobresale dentro del gran corpus de las obras del período de La Violencia, ya que a diferencia de la gran mayoría de novelas de esta época usan “la narración con propósitos ideológicos, de tal manera que si el autor defendía la causa liberal todos los asesinos eran conservadores y viceversa” (p.356)⁵, Mejía Vallejo deja de lado una guerra partidista y observa el problema de una manera individual y colectiva.

Por ésto, aunque la novela de Mejía Vallejo está llena de hechos brutales, sí puede leerse como una meditación en los modelos de autoridad que han causado el círculo vicioso de la violencia colombiana. Por lo tanto, mi argumento se enfoca en que en *El día señalado*, tanto el origen de la violencia de los personajes, como la solución a ésta, se encuentran en el pasado de sus personajes. Esto se observa claramente cuando analizamos la búsqueda que los dos personajes principales, el forastero y el padre Barrios, hacen de sus respectivos padres.

La obra tiene dos ejes narrativos: uno gira alrededor de un forastero que llega al pueblo y relata lo que éste piensa y ve; mientras el otro se centra en la vida del padre Barrios, nuevo párroco de Tambo, desde el momento mismo de su llegada. Estos dos ejes nos permiten ver la violencia representada y vivida en los personajes. La voz narrativa oscila entre primera persona y tercera persona omnisciente. Las narraciones en primera persona nos dan una mirada individual

⁴ Esta novela recibió el prestigioso premio Eugenio Nadal el año anterior, convirtiendo a Mejía Vallejo en el primer latinoamericano en recibirlo, y representando, además, el mayor reconocimiento al autor antioqueño hasta ese entonces.

⁵ Este ensayo se encuentra en la *Revista Iberoamericana* Núm. 223 titulado: “Violentamente Colombia”, 2008.

del conflicto, mientras que la narración en tercera persona nos presenta una perspectiva colectiva más amplia. Según uno de los grandes críticos de la obra de Mejía Vallejo, Luis Marino Troncoso (1986), este juego de narradores le permite a *El día señalado* cautivar al lector y prevalecer después de tantos años. Esta cualidad dialógica logra superar el discurso radicado en cuestiones ideológicas para presentar el conflicto al nivel psicológico y personal:

El narrador en primera persona será bastante objetivizante y el de tercera hará introspecciones psicológicas que compensan y aún superan la narración del forastero. Con este doble juego se busca un equilibrio que mantiene al lector dentro y fuera de la mirada superando la dificultad constante en la novela de la violencia que es caer fácilmente en el panfleto y en la dualidad de buenos y malos (p. 86).

Al igual que lo hiciera Juan Preciado en *Pedro Páramo* (1955) de Juan Rulfo, en su narración en primera persona el forastero nos cuenta que llega a Tambo no sólo para participar en una pelea de gallos, sino también para buscar a su padre con el objetivo de vengar el abandono al que éste lo sometió toda su vida. Esta narración nos presenta una violencia individual y psicológica, como especie de conflicto de Edipo, que es complementada por la narración en tercera persona – ampliada a un nivel colectivo– y facilita el entendimiento de una violencia individual, representada en el hijo abandonado, que reacciona ante una colectiva representada por Tambo y sus habitantes.

Podemos afirmar entonces que la violencia se origina primero individualmente, como el resultado de una paternidad defectuosa, del odio del hijo abandonado, para luego llegar a una colectiva conformada por temores o búsqueda de objetivos similares. Es así cómo en *El día señalado* los personajes violentos se desarrollan por factores externos, es decir, se siembra en ellos una violencia que proviene, en gran parte, de un sistema social excluyente, que no permite la participación de todos en una comunidad. En otras palabras, todos son hijos abandonados,

desheredados. Es así como Mejía Vallejo agrega otra dimensión a la violencia: una personal y humana. Así notamos que para los habitantes de Tambo no existe otra salida que vivir dentro de la violencia, pues como lo afirma el padre Barrios: “¿Qué otra cosa sino la violencia podría crecer en pueblos al estilo de Tambo?” (2002, p.190).

Partiendo de este hecho, podemos observar que, desde el nombre mismo del pueblo: Tambo, cercano a la palabra “tumba”, reina un ambiente de muerte. Este sentimiento crece diariamente por la situación geográfica del pueblo ya que se encuentra rodeado de montañas y es amenazado constantemente por un volcán activo. Es así como la presencia del volcán, y el calor permanente contribuyen a crear una atmósfera de muerte y desolación, donde los habitantes se sienten amenazados no sólo por ellos mismos, sino también por la geografía del lugar representada en una inminente erupción. Por este motivo los habitantes no tienen esperanza alguna: “Es malo el calor en este pueblo... Todo es malo: la tierra, las personas...” (2002, p.15), percibiendo así a Colombia como la alegoría de un volcán social. Así mismo, Mejía Vallejo nos muestra que los conflictos ideológicos se despliegan a un nivel personal y son distintos a pesar del discurso que se emplea para representarlos.

En *El día señalado* Mejía Vallejo expone un espacio dominado por el gamonal, el cual no representa el orden simbólico sino que es una corrupción del mismo. En lugar de instaurar un sistema de leyes que se aplican a todos, su poder no conoce ningún límite, es arbitrario y domina a los habitantes a través del miedo y el desespero. Este sometimiento se logra involucrando a los personajes directamente con la violencia, donde ninguno llega a encarnar un sistema de leyes, como es el caso del gamonal mismo, el ejército, y los guerrilleros que viven en la montaña. Así mismo, al ser la violencia cíclica, la gran mayoría de los habitantes son intimidados y siguen lo dictado colectivamente.

En su estudio sobre la novela contemporánea en América Latina, Susan Carvalho (2007) analiza cómo los espacios son usados para manipular a los personajes que habitan en ellos, y de este modo lograr mantener un orden establecido. Carvalho destaca cómo los protagonistas de los textos analizados que desean rebelarse contra ese espacio opresor deben reinventarse. (p.5) Por lo tanto, aquellos personajes que no siguen las reglas impuestas en el espacio corrompido por el gamonal son marginalizados, exilados, fragmentados o eliminados. Es por esto que Carvalho afirma que al imponer su ley, la figura de autoridad puede separar o unir a sus habitantes, por lo cual, aquellos que aceptan y respetan las normas del espacio se sentirán cómodos en él, pero aquellos que no lo hagan serán expulsados o asesinados. Así entonces, cuando llegan el forastero y el padre Barrios a Tambo, encuentran un pueblo sumido en el temor y la violencia. El forastero, con su sed de venganza, encaja con aquellos que respetan las normas y actúan violentamente; mientras que el padre Barrios no se une a bando alguno, y se rebela contra un espacio que normaliza la violencia, e intenta transformarlo.

Por lo tanto, podemos estudiar *El día señalado* como una búsqueda del padre, ya que los personajes llegan a Tambo prácticamente al mismo momento, pero con objetivos aparentemente diferentes. Es así como esta novela tiene dos modelos de padre: el sacerdote que trae una agenda aparentemente basada en el Concilio Vaticano II,⁶ y el gamonal que representa la tradición en el pueblo.

El padre Barrios llega a Tambo como nuevo párroco para reemplazar al padre Azuaje, del cual se diferencia desde el comienzo. Su relación con Dios y con sus feligreses contrasta a la que reinaba en el pueblo antes de su llegada. Él no juzga de manera diferente a guerrilleros y

⁶ Este concilio, considerado como uno de los eventos históricos que marcaron el siglo XX, fue convocado por el Papa Juan XXIII en 1959 y clausurado por su sucesor Pablo VI en 1965. Entre otras cosas, el concilio pretendió lograr una renovación moral de la vida cristiana, además de proporcionar un diálogo con el mundo moderno a través de un lenguaje más conciliatorio.

soldados. Defiende a los primeros ante ‘El Cojo’ Chútez –gamonal del pueblo– cuando le cuestiona la manera como él y su banda atacan a los habitantes del pueblo: “están haciendo de ellos fieras acorraladas, criminales también en garras del diablo...destruye[n] cuando se le arrebatan, cuando se siente[n] amenazado[s]” (2002, p.71). Por este motivo, muchos en el pueblo lo llaman “enemigo del Gobierno” y lo catalogan como “guerrillero ensotado” (2002, p.191-192). Sin embargo, de manera similar, el padre Barrios defiende a los soldados cuando un habitante del pueblo los tilda de asesinos:

¿Asesinos los soldados? Parte del podrido engranaje, nada más. Las instituciones vuelven a los hombres demasiado evidentes, en vez de hombres con otras dimensiones, los hacen confundir con la función que desempeñan o con la que se les atribuye: un cura, un militar. Pero no hay seres demasiado obvios, no hay seres...Si te reclutaran y uniformaran harías lo mismo. Carne de pueblo, mal dirigida. Ordenes inflexibles que olvidan la condición humana. (2002, p.32)

Así notamos que el sacerdote observa el problema de la violencia desde una perspectiva más amplia que el resto de los personajes, entiende que es algo mucho más complejo que simplemente pertenecer a un bando o a otro. Él cree que el conflicto en el pueblo se sale de Tambo, es decir, es una situación que debe ser analizada tanto individual como colectivamente. De este modo, a través del padre Barrios, Mejía Vallejo nos da lo que es para él la estructura de la violencia. Por lo tanto, al entender la violencia, el sacerdote comprende la reacción de los guerrilleros, ya que han hecho de ellos “fieras acorraladas”, así mismo no culpa las acciones de los soldados, ya que son “carne de pueblo, mal dirigida”. Es así como él sabe que este tipo de conflicto no sucede sólo en el pueblo pues la problemática de Tambo es:

El mismo fenómeno de otros sitios. En un principio fue el miedo concreto al matón, a la pandilla, al Ejército, a los guerrilleros. Pero cuando estas cosas dejaron de ser ellas mismas por haberse multifurcado, el miedo se convirtió en angustia: era ya el temor ante cosas cuya causa desconocían y cuyo remedio no estaba en sus manos (2002, p.19).

Inicialmente, el padre Barrios piensa que el problema de Tambo no sólo “no estaba en sus manos”, sino que no tenía solución alguna. Sin embargo, en la búsqueda de su padre, el párroco logra unir a la gran mayoría de Tambo en un proyecto reforestador que será a su vez purificador. Por lo tanto, a través del recuerdo de su pasado, el sacerdote vuelve a su trabajo con la tierra, vuelve a su niñez, y por ende, al tiempo que vivió con su padre: “Olor de tierra, eso recordaba. De tierra seca en los veranos, de tierra mojada en los meses de lluvia. Y entre el olor de la tierra la voz labriega de su padre” (2002, p.57).

El sacerdote describe a su padre como un hombre humilde con aspiraciones simples, muy campesinas: “Nunca vio a nadie como él, tan hombre y tan de la tierra. Su mujer, sus hijos, su maizal, sus matas de café y cabuya, el perro, el macho, hacían de su mundo un mundo bueno” (2002, p.58). Es así cómo el párroco recuerda que aunque su padre fue el primero en llegar a la cordillera, él nunca fue ambicioso, y hace suyo sólo un poco del terreno. Así mismo, su padre, pese a los muchos contradictores que se burlaban de él por sus ideas de querer dar trabajo a muchas personas, consigue que su comunidad siembre penca para luego vender la cabuya a una fábrica de tejidos de fique.

El sacerdote se encuentra a sí mismo en su padre, y trata de seguir sus pasos. Es por eso que comienza su proceso desde el sacramento de la confesión. El antiguo párroco lo usaba como una forma de reprender a sus feligreses, exteriorizando su poder e imponiendo su propio orden. En cambio las confesiones con el padre Barrios ofrecen un diálogo, y en lugar de reprender, el sacerdote sirve como consuelo, reflejando una mentalidad más liberal, más acorde con el Concilio Vaticano II. Así mismo, el padre Barrios cambia las penitencias impuestas por el anterior párroco. En lugar de pedir a sus feligreses oraciones por sus pecados, él les pide que participen en la reforestación de Tambo como proyecto redentor no sólo para la tierra desértica

del pueblo, sino también para el alma de los habitantes.⁷ De este modo, el sacerdote, con la agricultura y su pasado campesino, trae a Tambo una antiviolenencia; la cual no sólo estaría sacando al pueblo del ocio que mantiene la violencia, sino que también le da una redención a sus habitantes, los integraría en una comunidad.⁸ Es con esta invitación a la tolerancia que el padre Barrios logra que ‘El Cojo’ regale a la comunidad uno de sus terrenos, el único comprado honradamente. Consigue que el enterrador cave hoyos sin rencor, no para muertos sino para semillas que darán vida. Une a la mayor parte del pueblo en una sola causa, la siembra de pencas y de árboles.⁹

Luego de una jornada de siembra, el padre Barrios se sentó junto con algunos de los habitantes de Tambo a esperar a que lloviera y que uno de los sinsontes, pájaro característico de la región, se asentara en los árboles recientemente sembrados. Mientras esperaba, el sacerdote recordó cómo su padre estuvo en una situación similar muchos años antes, cuando éste gritó alborozado al ver por primera vez en sus cultivos: “un sinsonte columpiarse en el maguey, cantando al viento que soplaba recio en la altura” (2002, p.194). Los gritos de las personas hicieron que el padre Barrios dejara sus recuerdos y viera cómo un sinsonte se asentaba en uno de los nuevos árboles sembrados por ellos; entonces él corrió a tocar las campanas con todas sus fuerzas, fue entonces cuando “las campanas tocaron a gloria en la aldea de Tambo” (2002, p.194). De esta manera, el sacerdote impone su lógica ya que ha cambiado el espacio al que

⁷ El simbolismo de los árboles es evidente en este libro. En el jardín del Edén existían dos árboles: el de la vida y el de la ciencia. Tambo, al parecer, no tiene ni el uno ni el otro.

⁸ En el texto *Orinoco ilustrado y defendido* de Joseph Gumilla, cuando se habla de los primeros cafetos sembrados en Colombia (específicamente en la región de los Santanderes), se hace de una manera similar a *El día señalado*, ya que el padre Francisco Romero, como penitencia, ponía a sus feligreses a sembrar los árboles del café.

⁹ Aspecto donde encontramos una relación con la obra *Gobernadores del rocío* (1944) del haitiano Jacques Roumain.

llegó invadido por violencia, y en su búsqueda al padre, transforma a Tambo en un lugar en el cual se siente “la gloria”.

Para encontrar al segundo modelo del padre, el patriarca que impone su poder al espacio, tenemos que remitirnos a la narración en primera persona. Como ya se mencionó, el forastero llega al pueblo buscando al hombre, quien después de dejar a su madre embarazada, le entregó un gallo y le dijo: “dejo al cuatroplumas en prueba de que volveré” (2002, p.24). Al no cumplirse nunca esta promesa, el forastero desde que tiene memoria había jurado: “El día señalado nos veremos frente a frente, y morirá” (2002, p.23).

En cuanto a este tipo de patriarcas, Octavio Paz (1997) ofrece una mirada del sujeto masculino violento, y señala que América ha sido una mujer india y una mujer negra, madres solitarias que con sus manos se ocupan de los hijos que en la soledad preguntan por sus padres (p.59-60). Es entonces cuando puede verse cómo en gran parte de la literatura latinoamericana se encuentra al hombre solo en busca de su padre; y es esta soledad, ese afán de venganza que formará a ese ser violento que existe dentro del forastero.¹⁰ Luis Marino Troncoso (1990) relaciona esta búsqueda del personaje como una manera de intentar encontrar sus propias raíces

Aquí [en *El día señalado*] aparece un tema básico: la búsqueda del padre... toda novela grande plantea la búsqueda del padre. Recuerden *Ulises* de Joyce, *Pedro Páramo*, *La muerte de Artemio Cruz*, *Sobre héroes y tumbas*, *Adán Buenosayres* y muchos más. Estoy convencido de que la gran novela siempre plantea la búsqueda del padre: de maneras diferentes, con anécdotas distintas y diversas situaciones, porque la búsqueda del padre corresponde a una búsqueda profunda filosófica del hombre, es la búsqueda de sus raíces... es la añoranza de un Dios (p.61)¹¹

¹⁰ Esta soledad que se vive en Tambo nos recuerda la soledad que reina en *Cien años de soledad* (1967) de Gabriel García Márquez. Esta novela nos narra la historia de los Buendía a través de siete generaciones en el pueblo imaginario de Macondo. Este pueblo, aislado de la modernidad, parece predestinado, como los integrantes de la familia Buendía, a la soledad.

¹¹ Este ensayo titulado: “Proceso creativo y visión del mundo en la obra de Manuel Mejía Vallejo” hace parte del libro *La Tierra soy yo: compilación de textos sobre la obra de Manuel Mejía Vallejo*, 1990.

Aunque estoy de acuerdo con el argumento de Troncoso, lo veo más como una meditación de una ley, un estado de derecho en lugar de una añoranza de Dios. Con esta narrativa de trasfondo, nos encontramos con el forastero, quien ha centrado su vida buscando, con un gran rencor, a su padre. Él quiere vengarse por lo que éste hizo no sólo a él, sino también a su madre. Siente un odio que le llena todo su cuerpo, pero a su vez le “cansaba los ojos” (2002, p.21). Pero a pesar de su cansancio, seguiría buscando al padre hasta encontrarlo, porque él estaba marcado de la misma manera que los gallos que “nacen para matar o morir peleando” (2002, p.23). Este es el hombre rencoroso que llega a Tambo y del cual nunca recibimos una descripción física detallada, sólo de su odio. Es el reflejo invertido de su padre. La única vez que se habla algo de su aspecto físico es cuando, estando en la plaza, un niño se refiere a él como “gigante” (2002, p.105). Algo así como una especie de monstruo en lugar de un padre que representa el orden simbólico.

A diferencia del padre Barrios, el forastero es distante de los habitantes de Tambo y su comunicación con ellos es mínima, es principalmente un observador. Pasa la mayor parte del tiempo en la cantina *El Gallo Rojo* hablando con Marta, hija del dueño de la tienda. Con este personaje podemos observar nuevamente el simbolismo en los nombres de la novela, ya que este nombre es muy similar a “mártir”, lo que se referiría a la vida que tiene esta mujer: su novio fue asesinado por el ejército al comienzo de la novela, y su hermano está en constante peligro pues forma parte de la guerrilla.

A través de los diálogos entre Marta y el forastero, podemos reconocer dos respuestas contrapuestas a una misma violencia. En primera instancia, tenemos al forastero, quién después de ver el sufrimiento de su madre ante el abandono de su padre, reacciona violentamente y es así como su odio ha crecido por toda su vida, y llega a Tambo en busca de venganza. Por otro lado, tenemos a Marta, quién ha visto a su padre ser chantajeado tanto por el Sargento Mataya, como

por los hombres de 'El Cojo'; de igual manera ha sido víctima de la violencia cuando su novio fue asesinado por el ejército. Sin embargo, a diferencia del forastero, ella no reacciona violentamente y se lo explica a él cuando hablan sobre novio:

-Pudimos habernos vengado –dijo.

-¿Por qué no se vengaron?

-Porque así nunca se acaba, porque me da miedo, porque ya no importa... Los de allá [el Páramo] contra los de aquí, los de aquí contra los de allá. Todos los días inventamos motivos. (p.65)¹²

Es así como Marta, a pesar del dolor causado por una muerte, reacciona pacífica e inteligentemente a un hecho violento, evitando el proceso cíclico a que llevaría su venganza. Por el contrario, el forastero sí quiere vengarse de su padre, sin pensar siquiera en lo que acarrearían sus acciones. O aún peor, convertirse en otro, igual a él. Con este aspecto el autor quiere enfatizar primero en la lo cíclico que es la violencia, y además cómo ésta nace primero en el individuo, y no puede generalizarse a grupos o bandos. De igual manera, podemos notar una diferencia de género, ya que en Marta (al igual que en la madre de el forastero) no se cultiva el deseo de venganza, lo cual sí se hace en el forastero.

Marta, además de ser un personaje pacífico, transmite este sentimiento a quienes se encuentran a su alrededor. Es de esta manera como, poco a poco, el trato entre ella y el forastero se va haciendo más cercano y ella comienza a transformar a este hombre violento que llegó al pueblo con un único objetivo. Así podemos ver un paralelismo en ambas narraciones de la obra. Por un lado, el narrador en tercera persona nos presenta al padre Barrios influyendo la anti-violencia en 'El Cojo' Chútez; mientras que en la narración en primera persona es Marta quien influye esa anti-violencia en el forastero.

¹² Podemos notar nuevamente un eco a *Pedro Páramo* de Juan Rulfo.

Marta, desde sus primeros diálogos con el forastero, nota el aparente sufrimiento que él siente a raíz de su odio: “mira como si sufriera mucho. También huele el sufrimiento”. Posteriormente le dirá: “me da miedo esa manera de mirar” (2002, p.66). A raíz de los sentimientos que le transmite la mujer y la manera como ella cuestiona la violencia, el forastero comienza a mirarse a sí mismo y a dejar un poco de lado esa sed de venganza. Es así como mientras escuchaba a Marta, él percibía que “su voz tenía acento de súplica. Para que no matara, para sonreír sin nada amargo detrás de la sonrisa... Olvidé al desconocido que bamboleó el destino de mi madre, que hizo tambalear mi destino de hombre que nació para la venganza”. Posteriormente él sonreirá para ella y descubrirá una sensación que hasta aquél momento nunca antes había sentido: “la tibieza en los labios era como un nuevo sabor” (2002, 137).

De esta manera, a través del diálogo y el intercambio de sonrisas que tiene con Marta, el forastero parece dejar a un lado ese odio y afán de venganza que ha tenido desde que tiene memoria. Esto sucede ya que cuando está con ella, no piensa en el daño que le hizo su padre al abandonar su familia, sino que lo deja en el pasado: “Olvidé el cuchillo y los puños y la sombra fantasma del desconocido. Creí sentir brisa entre las cañas” (2002, p.138). Marta pareciera lograr sacar al forastero de ese espacio lleno de violencia en el que este hombre ha pasado toda su vida. De este modo el forastero, a su manera, se enamora de Marta y una tarde tienen relaciones, las cuáles serán difíciles de olvidar para este hombre que nunca antes había sido expuesto al amor

Hasta muchos años después mis ojos recordaron la pelusilla de su cuello, mis manos recordaron sus senos brincales, mis oídos recordaron su queja amorosa. Y sus cortas exclamaciones, y su vergüenza, y los hoyuelos en sus rodillas, como si sonrieran. Tenían un vello suave los muslos,

sobresalían las venas de su garganta, sus dedos arrancaban hojas de caña y espartillos secos... (2002, p.139)¹³

Sin embargo, aunque podría pensarse que Marta crea una desviación de la narrativa de la venganza, está nítidamente integrada ya que marca el desplazamiento de la figura maternal pasiva de la madre a Marta. Por esto, cuando el forastero va a *El Gallo Rojo* a enfrentar su gallo con el de su padre, su actitud pacífica se pierde al encontrarse frente a frente con el hombre que ha estado buscando toda su vida: ‘El Cojo’ Chútez.

Algo cojeó en mí al comprender que era el desconocido a quién busqué durante doce años, a quién aguardó mi madre desde una ventana más honda cada día contra el camino sin pasos de regreso... Mis manos se volvían puños bajo el poncho. Todo en mí era venganza en acecho. Un sentimiento de odio total me sofocaba: odiaba al hombre, odiaba su voz, sus ademanes, su cojera, el zurriago nudoso, la atmósfera de que se rodeaba; odié las botas, el paso trunco, el pueblo que lo veía día y noche. Me odié a mí mismo por odiarlo, odié a mi madre por haber sido su víctima, y porque nunca dejó de esperarlo. Cojo y alto. Para encontrarlo, una vida entera. (2002, p.169)

El forastero, nuevamente lleno de odio, confronta a ‘El Cojo’ con su gallo *Aguilán*. Apenas este último ve el gallo, reconoce en él, el que alguna vez dejó a una mujer prometiéndole volver.

Mientras preparaba a su gallo para la pelea, el forastero se llenaba cada vez de más rencor recordando las muchas veces que su madre se quedaba mirando a través de la ventana esperando al hombre que nunca volvió. Al comenzar la pelea, y con ésta los gritos de los asistentes a la

¹³ Esta escena la podemos relacionar con el cuento “la mujer del juez” de Isabel Allende (1987). Este cuento hace parte de la colección *Cuentos de Eva Luna* y tiene a dos personajes masculinos opuestos. Por un lado se tiene al juez Hidalgo, quien es muy rígido con la ley y por eso castigaba “con igual firmeza el robo de una gallina que el homicidio calificado” (p.140). Por otro lado se tiene a Nicolás Vidal, bandolero del pueblo, quien tenía una “incapacidad para conmoverse” (p.142). Así mismo tiene a un personaje femenino, Casilda quien es la esposa del juez. Ella, luego de ver que su esposo muere de un infarto y al sentir que sus hijos serán atacados por Vidal, decide seducirlo. Contrario a lo que se esperaba de Vidal, este se dejó llevar por el amor, y se quedó con ella abrazándola y esperando a que llegara el ejército a atraparlo pues él “había huido del amor desde su nacimiento, no conocía la intimidad, la ternura, la risa secreta, la fiesta de los sentidos, el alegre gozo de los amantes” (p.147)

gallera, la batalla entre padre e hijo se desplaza a los gallos. Mientras el forastero se prepara para asestar el golpe contra el hombre que le arruinara su vida, comienza a cuestionarse sus motivos: “mi cuchillo buscaba dirección. Al frente estaba el culpable. ¿Culpable de qué? –llegué a preguntarme–. ¿De ser hombre?” (2002, p.240). Es entonces cuando, justo antes que *Aguilán* derrote al gallo de “El Cojo”, el forastero tiene su reflexión final:

Pero de pronto en el Cojo no vi más que un hombre, sólo un hombre, también desamparado, sin más camino que la muerte... lo supuse cercano a mí, con sus angustias. También él vivió trago a trago la vida, resistió el contragolpe de sus propias acciones, el sabor a ceniza de cada jornada. También a él le gustaría el olor de la madera, el canto de los sinsontes, los campos sembrados después de la lluvia... Y también él tendría que morir... ¿Debería yo matarlo? A veces me he preguntado si la crueldad se mantiene en mí, pero creo que jamás he abusado de mi fuerza y hasta sonrío con tristeza si me siento fatigado y contemplo los brazos fuertes. (2002, p.242)

El forastero, en su padre, encuentra su propio destino, y por esto deja de lado su odio. Estuvo esperando toda su vida a que llegara ‘el día señalado’, día en el cual mataría a su padre y vengaría todas las tristezas que por culpa de este hombre tuvieron que sufrir tanto él como su madre. Pero este ‘día señalado’ se convirtió en uno muy diferente al cual él había planeado toda su vida. En este día, en lugar de usar su odio para vengarse, sonrió ante una mujer que lo hizo sentir sensaciones nunca antes vividas; este día reconoció cosas que lo llenaban de felicidad y se cuestionó esa violencia con la cuál él había crecido:

Yo sé que mis manos están contentas cuando se hunden en los arroyos, cuando soban la piel de los caballos. Me estragaba tanta crueldad. Revólveres, puñales, espuelas... ¡Maldita la gracia de vivir! Pensé que para no tener piedad es necesario ver de lejos al hombre, verlo en la masa. Por eso sentí una rabiosa compasión por los seres caídos. Y el Cojo era uno de ellos (2002, p.242).

Es así como el forastero descubre que matar a otro es matarse a sí mismo, y de este modo, la resolución del conflicto del forastero es diferente a como él había soñado su ‘día señalado.’ Por

lo tanto, después que *Aguilán* está encima del cuerpo muerto del otro gallo cantando su victoria, el forastero toma su gallo; clava en la arena el cuchillo con el cual había planeado toda su vida vengarse; y abandona la gallera decidido a dejar el pueblo. En su camino de salida se encuentra con Marta, a quién le entrega el gallo ganador diciéndole: “aquí dejo este gallo en prueba de que volveré. Es de la mejor raza” (p.242). Frase con la que cierra su ciclo y da comienzo a otro que probablemente se convertirá en una repetición del que fuera el suyo, y que Óscar Ramos (1972) plantea como una futura venganza:

...sobre el libro se abate la pesadumbre de que ese hijo que ya ha perdonado, recomienza la repetición de su propia historia. Deja a Marta después de haberla poseído y le encomienda el gallo, tal como lo hizo a su madre un día lejano aquel otro hombre. Algo lógico se rompe y algo ilógico se arma en este desenlace: es una misma persona la que de pronto se ve incapaz de cumplir una venganza alimentada por tanto tiempo, y que a la vez entierra la simiente de otra venganza futura (p.92)

De este modo, aunque el forastero perdona la vida a su padre, continuará con el abandono al que él fue sometido y su propio hijo crecerá preguntando por su padre, como lo hizo él y como, muy probablemente, también lo hizo ‘El Cojo’. Así, se corrobora lo señalado por Octavio Paz (1997).

Finalmente, con *El día señalado* nos encontramos con una novela que gira alrededor de la noción de paternidad. Aquí tenemos dos conceptos de padre: el que abandona, el que causa la violencia, y el que viene a restaurar el estado idílico a través de la redención. Sin embargo, la ideología católica puede proponer una solución a la paternidad, es decir, un padre como párroco, pero no deja de ser problemático porque este modelo no producirá la generación del futuro. En otras palabras, el párroco es un padre que no tendrá hijos. Por lo tanto, la narrativa edípica continuará provocando la violencia.

Es a este punto donde podemos preguntarnos ¿qué tan lejos está *El día señalado* de la Colombia de hoy, donde la solución para la violencia es la respuesta armada y la perpetua polarización en bandos que se caracterizan por una continua intolerancia a la diferencia?

II

La virgen de los sicarios, publicada en 1994 y “pionera en el género conocido como la sicaresca” (2011, Collazos), comienza con un relato nostálgico por parte del narrador sobre su pasado en Sabaneta, lugar ubicado en las afueras de Medellín. La novela es una narración bastante pesimista no sólo sobre la situación de la ciudad a comienzos de la década de los noventa, sino de la degradación de la sociedad representada mayormente en estos jóvenes sicarios provenientes de los sectores más pobres y abandonados de la capital del departamento de Antioquia.

Esta novela ofrece un testimonio de un intelectual quien se dedica a presentarnos y a criticar el estado de desintegración social en que se encuentra la ciudad de Medellín, sin percatarse que él mismo es parte de la pobre situación. Por lo tanto, mi argumento es que esta novela nos ofrece un fracaso en exceso ante la violencia, donde el narrador, a través de sus amantes, responde con disparos ante la indiferencia y agresividad de las personas con las que se encuentra durante su relato.

La actitud pesimista del narrador puede notarse desde el mismo comienzo cuando describe una sociedad ya desahuciada: “...Colombia, entre tanto, se nos había ido de las manos. Éramos, y de lejos, el país más criminal de la tierra, y Medellín, la capital del odio.” (1994, p.11). Es así como él afirma que vuelve sólo que a morir en el lugar donde nació y creció, pero

el cual ya parece serle indiferente: “¿Pero por qué me preocupa a mí Colombia si ya no es mía, es ajena?” (1994, p. 9).

La apatía del narrador se refleja en su actitud ante una sociedad resquebrajada en la que pareciera tener como única solución, sugerido por el narrador, la eliminación de sus habitantes: “Esta es una raza ventajosa, envidiosa, rencorosa, embustera, traicionera, ladrona: la peste humana en su más extrema ruindad. ¿La solución para acabar con la juventud delincuente? Exterminar la niñez.” (1994, p.31-32). Los lectores de esta novela nos convertimos en testigos de esta destrucción no sólo de menores, sino de todos aquellos que sean molestos para el personaje principal.

La serie de asesinatos comienza con uno de los habitantes del edificio donde vive el narrador. Este personaje es un punkero de quien se quejaba mucho el narrador por el ruido que hacía con su música. Un martes, después de visitar la iglesia en Sabaneta, Alexis (el amante-sicario) ve al vecino, le pone su arme en la frente y dispara, sin remordimiento, sin que el narrador le pidiera hacerlo. Sin embargo, este último en lugar de escandalizarse ante semejante acto de violencia, pareciera celebrarlo y disfrutarlo con el resto de transeúntes:

“Antes de alejarme, le eché una fugaz mirada al corrillo. Desde el fondo de sus alamas viles se les rebosaba el íntimo gozo. Estaban ellos incluso más contentos que yo, ellos a quienes no les iba nada el muerto. Aunque no tuvieran qué comer hoy sí tenían qué contar. Hoy por lo menos tenía la vida llena” (1994, p.31)

Así, el narrador hace de nuevo una crítica a una sociedad a la que él ya da por perdida; sin embargo, no se da cuenta que él es parte de esa clase que tanto crítica, al igual que el rodillo que rodea al hombre que fue asesinado a sangre fría, él encuentra una satisfacción y justificación con la muerte.

Paradójicamente, el relato de los asesinatos se intercala con las visitas que se hacen a los diferentes templos religiosos de la ciudad, en los cuales el narrador nos muestra lo contradictorio que podría ser la religión, no sólo para estos jóvenes sicarios, quienes rezan sus balas, piden a Dios por sus muertes, y se protegen de estas con escapularios; sino también para los sacerdotes que habitan en las iglesias. Esto puede observarse con claridad con la descripción de un sicario que fue confesarse no por trece personas a las que había asesinado, sino por haberse acostado con su novia. El adolescente argumentaba que no tenía que confesarse de los asesinatos pues el culpable era quien ordenó las muertes, no él. El sacerdote perdonó al sicario, y como penitencia le pidió trece misas, una por cada muerto (1994, p.37).

La crítica a la sociedad decadente continúa cuando el narrador justifica que Alexis matara a un peatón con quien, por accidente, se chocaron mientras caminaban: "...un transeúnte grosero...soberbio que es lo que es esta raza altanera..." después agrega: "...yo lo apruebo. Hay que enseñarle a esta gentuza alzada la tolerancia, hay que erradicar el odio" (1994, p.47-48). Lo que debemos preguntarnos ahora, es si ¿acaso no ve el narrador que él está lleno de odio, que él mismo está siendo intolerante?

Por lo tanto, en esta novela de Fernando Vallejo nos encontramos con un recuento trágico, sangriento de la deshumanización a la que ha llegado la sociedad colombiana, específicamente la de Medellín. Con cada uno de los asesinatos de los que somos testigos a lo largo del libro, podemos observar que el narrador está siendo parte de esa intolerancia a la que él culpa por la perdición de la ciudad. En *La virgen de los sicarios* se está criticando cómo podemos ser parte del problema sin percatarnos de ello; esta novela nos invita a imaginar lo diferente que podría ser la vida en Medellín si lográramos aprender de la tolerancia, de la erradicación del odio.

III

Publicada en el 2003, la novela *Angosta* de Héctor Abad Faciolince es un compendio político y violento de una ciudad ficticia, aunque con referencias a espacios reales, que refleja lo que ha sido la situación en Colombia en las últimas décadas. La ciudad, ubicada en medio de la cordillera de los Andes, recibe el nombre de Angosta, y podría ser una cosmovisión de cualquier ciudad colombiana. Por lo tanto, mi argumento es que esta novela, a pesar de la barbarie presentada en su páginas, nos permite concebir un escenario en el que no hay un enfrentamiento con El Otro, muy por el contrario, existe un diálogo.

La ciudad está dividida en tres espacios que corresponden a tres castas económicas. Cada grupo permanece primordialmente recluido en su propio espacio. Tenemos los llamados ‘dones’ que viven en la parte alta, conocida como Tierra Fría, donde la ciudad es bonita, limpia y el clima es agradable; los ‘segundones’ habitan en la parte media de la ciudad, Tierra Templada; mientras que los ‘tercerones’ permanecen en la parte baja, la parte más abandonada de la ciudad, donde más calor hace, y que se le conoce como ‘Boca del Infierno’. El calor en el que habitan los tercerones nos recuerda a Tambo, donde el calor estimulaba la violencia. Con esta división de espacios, Abad Faciolince expone la desigualdad, la exclusión y la pobreza en sus aspectos más bárbaros, reflejadas en desapariciones, asesinatos, secuestros, terrorismo y narcotráfico. La novela *Angosta* representa lo que Óscar Osorio en su artículo “*Angosta* y el ancho caudal de la violencia colombiana” (2005), califica como “la segunda gran violencia del siglo XX” (p.188), y afirma que Abad Faciolince nos presenta esta violencia como un resultado de la exclusión y la injusticia social.

Igual a como *El día señalado* es presentado a través de narraciones intercaladas en primera y tercera persona, *Angosta* tiene diferentes textos que nos presentan múltiples perspectivas de una misma realidad. Así entonces se intercala el relato con un narrador omnisciente; con el diario de Andrés Zuleta, personaje de Tierra Templada que debido a su trabajo en Tierra Fría nos da una comparación de ambos espacios; y también con la lectura que el protagonista Jacobo Lince hace del libro académico del geógrafo alemán Heinrich v. Guhl. Es a través de este libro que nos enteramos de la ubicación geográfica y social del país:

Hay un territorio en el extremo noroeste de la América meridional que va desde el océano Pacífico hasta el río Orinoco, y desde el río Amazonas hasta el mar de las Antillas. Allí, la cordillera de los Andes, agotada de más de siete mil kilómetros de recorrido desde la Tierra del Fuego, se abre como una mano hasta que las puntas de sus dedos se sumergen en el Atlántico con una última rebeldía de casi seis mil metros de altura: la Sierra Nevada ...

La capital de este curioso lugar de la Tierra se llama Angosta. Salvo el clima, que es perfecto, todo en Angosta está mal. Podría ser el paraíso, pero se ha convertido en un infierno. Sus habitantes viven en un lugar único y privilegiado, pero no se dan cuenta, ni lo cuidan (2003, p.12-14).

El paradigma expuesto por Guhl, ciudad paraíso convertida en infierno, puede entenderse debido a la división mental y física existente en la ciudad, la que es enfatizada a lo largo de toda la novela. La estratificación en Angosta fue desarrollada por el gobernador e ideólogo Silvio Moreno, de quien se tiene una estatua en la plaza principal de Tierra Fría, y quien se hizo célebre por su frase “¡La separación es la única solución!” (2003, p.29), la que se convirtió en el eslogan de la política de Apartamiento, creada en Tierra Fría. Aunque no se menciona directamente, la

política impuesta por Moreno es una referencia obvia al *Apartheid* usado en Sudáfrica desde 1948 hasta 1994.¹⁴

Este concepto de exclusión y deshumanización funciona a la perfección en Angosta, pero difiere en que las clasificaciones no se dan estrictamente por raza como lo fue en Sudáfrica, sino por el poder adquisitivo que cada uno posee. A raíz de la ley Ordenanza de Empoderamiento 737, todo aquel habitante que posea una fortuna superior al millón de dólares puede vivir en Tierra Fría. Sin embargo, aunque es el dinero el que estratifica a Angosta, el geógrafo Guhl lo explica desde una perspectiva racial, y así se observa que la raza, más que un sentido biológico, es un sentido de pertenencia:

La única clasificación certera que se pudiera hacer consiste en que la mayoría de los tercerones, o calentanos, viven en Tierra Caliente (y a sus pobladores, por blancos que sean, se les considera negros o indios), la mayoría de los segundones, o tibios, viven en Tierra Templada (y nunca son blancos ni indios ni negros de verdad) y la mayoría de los dones en Tierra Fría (y por negros, indios o mestizos que sean, siempre se llaman y se consideran a sí mismos blancos y juzgan negros e indios a todos los demás) (2003, p.19-20)

Podemos notar cómo los habitantes de los diferentes sectores de Angosta quieren diferenciarse, y se ven entre ellos como Otros, siguiendo la hipótesis propuesta Ryszard Kapuscinski (2008), quien argumenta que cuando hay un encuentro con el Otro pueden darse tres posibilidades: “He [the Other] could choose war, he could fence himself in behind a wall, or he could start up a dialogue (p.82). Es así cómo en Angosta los dones, habitantes de Tierra Fría, se aíslan de los segundones y los tercerones creando mallas de seguridad, cercas eléctricas, circuitos cerrados de

¹⁴ Esta política fue un fenómeno de segregación racial en Sudáfrica que comenzó con la victoria del partido Nacional. El nombre significa separación y proviene del afrikáans, lengua germánica, derivada del neerlandés, hablada principalmente en Sudáfrica y Namibia. Este sistema, dirigido por la raza blanca, hacía una clasificación racial de acuerdo a la apariencia, aceptación social o la ascendencia. Con esta política se determinaba donde cada persona debía vivir, estudiar, trabajar, e incluso morir.

televisión y guardias en toda la periferia de este espacio con el fin de evitar la entrada a cualquier intruso, porque como se argumenta en el texto “La paranoia y el miedo los define” (2003, p. 226-227). Es con miedos como éste que se han creado los muros divisorios en las fronteras de Estados Unidos y México, Israel y Palestina, y los conjuntos cerrados tan populares en las ciudades en América Latina.

Por este motivo, al no estar relacionados por una raza, religión o cultura, los habitantes de Tierra Fría tienen problemas para definirse a ellos mismos, y pareciera que lo único que los une es el amor al dinero, la paranoia y el miedo. Es a este punto cuando el temor al Otro se convierte en odio:

More and more people within it have problems defining their own identity, or determining their own social culture affiliation. They feel lost, and increasingly susceptible to the suggestions of nationalists and racists, who tell them to regard the Other as a threat, an enemy, the cause of all their tiresome frustrations and fears (Kapuscinski, 2008, p.43)

Esta amenaza que sienten los dones de Tierra Fría, se transforma en violencia en el momento que los segundones o tercerones intentan invadir su espacio. Es por eso que además de las murallas y cercas eléctricas, se han creado grupos privados para detener a todos aquellos que se aventuren a cruzar ilegalmente: “...A los intrusos les pueden disparar sin aviso tanto los empleados oficiales de seguridad como los cazadores privados con autorización. A veces no matan a los intrusos sino que los encierran en calabozos y los dejan morir de sed, para escarmiento de las gentes bajas.” (2003, p.185) Así como hay ataques a aquellos que intentan entrar ilegalmente, desde Tierra Fría se envían batallones a Tierra Caliente, con cierta frecuencia, con el fin de intimidar a los tercerones y prevenir futuros ataques:

A veces el Ejército y la Policía van, en grandes batallones protegidos por vehículos artillados de guerra, dizque a hacer operaciones de seguridad y a

limpiar los barrios de hampones, matones y rateros, guiados por gente de la Secur, encapuchada. Cañonean y bombardean un rato, matan seis niñas, tumban una casa con el fuego feroz e indiscriminado de los tanques, apresan diez o veinte muchachos y se vuelven a ir despavoridos, entre las balas y la furia con que les responden las bandas (2003, p.200)

De esta manera podemos observar cómo los tercerones son perseguidos, hostigados, más por su posición social, que por los posibles ataques que puedan cometer en Tierra Fría. Es debido a esta violencia, exclusión y rechazo de los dones hacia todo lo que sea diferente de ellos que se forman grupos que van en contra no sólo de la política de Apartamiento, sino también del trato que reciben de los habitantes de Tierra Fría y de sus autoridades. Nace entonces el CEA (Contra el Apartamiento)¹⁵, el cual fue inicialmente un grupo guerrillero, pero que luego del desmantelamiento por parte del Ejército, se crearon células más violentas llamadas Jamás,¹⁶ y son éstas las que perpetran atentados suicidas en Tierra Fría. Después de cada uno de estos atentados, hay una nueva respuesta armada:

Cada que hay un atentado, sin falta, caen los magníficos fuegos artificiales de los misiles teledirigidos desde los satélites. Aterrizan con gran estruendo en Tierra Caliente y casas, cuevas de terroristas –o eso se dice–, supuestos arsenales, saltan por el aire en mitad de la noche, y nuestros ojos atónitos miran el chisporrotear de las llamas, el fuego danzante entre el viento y el rocío... Uno se duerme con ganas de que sea ya otro día y los bombardeos terminen. Los tercerones, al amanecer, recogen sus muertos, renuevan su odio y juran venganza eterna contra los dones. De ahí se nutren los kamikazes del Jamás (2003, p.133)

¹⁵ Semejante al Umkhonto we Sizwe en Sudáfrica, conocido como MK, era el brazo armado del congreso nacional africano (ANC por sus siglas en inglés). Uno de sus fundadores fue Nelson Mandela y este grupo luchaba contra el gobierno Sudafricano. Su primer ataque terrorista contra instalaciones gubernamentales ocurrió en 1961, y desde entonces se le clasificó como una organización terrorista tanto por el gobierno sudafricano como por los Estados Unidos. MK se integró a las fuerzas armadas sudafricanas en 1994.

¹⁶ Referencia obvia, por su sonido fonético, a la organización palestina islámica Hamas, la cual gobierna en la Franja de Gaza desde el 2007. Es considerada como una organiza terrorista por Israel, Estados Unidos, Canadá, la Unión Europea y Japón; sin embargo, Rusia, Irán, Turquía y las naciones árabes no la consideran como tal.

Observamos entonces cómo esta violencia se repite constantemente y se crea un círculo vicioso, donde los habitantes de Tierra Caliente responden a la exclusión y violencia a la que son sometidos, y los dones, a través de sus agentes, contraatacan.

La violencia en Angosta no sólo se presenta entre Tierra Fría y el resto de habitantes de la ciudad, sino también entre de los propios dones, lo que ocurre cuando alguno de ellos se sale de las normas que se siguen en el altiplano. Esta situación se entiende mejor con las investigaciones del crítico brasileño Vasconcelos da Silva (1984), quien estudia el discurso narrativo a través de las relaciones del personaje con el espacio. En *Semiotização literária do discurso*, Vasconcelos señala que cuando el espacio se impone con todas sus normas, puede observarse cómo todos los personajes y objetos que habitan en este espacio deben respetar los valores codificados por él y por los agentes, quienes serán aquellos que obligan a seguir las normas:

A lógica objetiva do espaço, aliada ao fio narrativo como dinâmica estruturante, acaba por sujeitar acontecimento e personagem à logicidade estrutural da proposição de realidade ficcional... Como narrativa de semiotização do espaço, a realização da experiência individual é colocada ao nível da expressão objetiva, como legitimação da verdade (p.64).

En el caso de Angosta, y específicamente en el espacio de Tierra Fría, se siguen las normas impuestas por el Apartamiento; así entonces todo aquel que atente contra estas normas, será expulsado o eliminado. Este es el caso del doctor Burgos, filántropo y presidente de la Fundación H, y habitante de Tierra Fría. Él es uno de aquellos que se opone a la política de Apartamiento, sólo que no lo hace en silencio como otros, sino que denuncia los atropellos de los dones, convirtiéndose de esta manera en “una piedra en el zapato para el gobierno local” (2003, p.252).

El doctor Burgos atenta contra la política de Apartamiento, y el espacio, a través de sus agentes, se encargará de eliminarlo. En la obra, los agentes son personificados por los Siete

Sabios, el cual es un grupo que se compone de siete personalidades importantes que se reúnen el último jueves de cada mes para determinar quiénes atentan contra la integridad de Tierra Fría y ordenar su eliminación. Estos sabios son los encargados de mantener el orden:

Los Siete Sabios intentan preservar cierto equilibrio de poderes: la religión, la milicia, la política, la magistratura, la industria, el sector agropecuario y el comercio. Esta muestra no es estricta, puede faltar el representante de algún gremio y otro estar duplicado, pero se intenta seguir el consejo del Gran Moreno, fundador del grupo y presidente del mismo hasta su fallecimiento, quien dejó en los estatutos esa recomendación como una medida de equilibrio y cautela (2003, p.231)

De este modo en Tierra Alta no sólo se rechaza a los segundones y tercerones, sino también se excluyen entre ellos mismos porque “esa es la lógica de sus vidas, la misma lógica que le han contagiado a esta ciudad, la de la exclusión” (2003, p. 302-303). Esta exclusión es la que critica Carolina Sanín (2009) en su artículo “Los buitres comen basura”, donde presenta a una clase alta colombiana que por temor al Otro, se esconde detrás de rejas, de grandes edificios:

No sé dónde ven estos ciudadanos la “calidad de vida” que quieren conservar con su apatía. Sospecho que toman por un signo de buena ventura el hecho de vivir en edificios de los que, debido a la inseguridad provocada por la desigualdad, no pueden salir a menos que un celador armado (que se pasa la vida en un sótano o en una garita similar a un sarcófago) les abra la puerta de la calle. Ante su ignorancia de los placeres de la civilización, parecería que los ricos colombianos se deleitaran con la mera conciencia de estar sentados encima de muchos — y con esta curiosa costumbre de mantener a unos hombres encerrados para que éstos, a su vez, los encierren a ellos.¹⁷

Por lo tanto, tenemos la ciudad Angosta fragmentada, con montañas, muros reales e imaginarios que dividen la ciudad por clases, y a las clases entre ellas mismas; porque así como en Tierra Alta se relega a los habitantes de otros sectores, también se excluyen entre ellos mismos. De

¹⁷ Columna publicada en *El Espectador* el 23 de octubre de 2009.

manera similar ocurre en Tierra Templada donde se presentan exclusiones entre sus habitantes, y el Hotel La Comedia donde vive Jacobo Lince no sólo es una muestra de ello, sino una alegoría de la propia ciudad. Este hotel llegó a ser el más lujoso de la ciudad y el edificio más alto de Angosta, pero en el presente sólo queda un bloque de cemento viejo y acabado de nueve pisos, del cual los únicos cuartos rescatables se encuentran en el segundo piso, mientras en el último, llamado 'el gallinero', es dónde viven los personajes más pobres, quienes frecuentemente se retrasan en su mensualidad. Los inquilinos del noveno piso tienen prohibido tomar el ascensor con los de otros pisos: "Si hay clientes de otros pisos que lo vayan a usar, los que vivimos en el gallinero no podemos meternos en el ascensor. Hay que cederles el turno, esperar a que el cliente suba y el ascensor vuelva a bajar. Es una regla..." (2003, p.158-159); además ellos tienen que subir el último por las escaleras, ya que el ascensor no llega siquiera a su propio piso.¹⁸

La novela nos muestra la vida de Tierra Caliente, a través de Virginia Buendía, joven conocida como 'Candela' y quien se convierte en una de las amantes de Jacobo Lince. Esta chica y su familia son una alegoría de muchos de los habitantes de Tierra Caliente, quienes viven en tugurios que fueron armados por ellos mismos luego de abandonar el pueblo donde vivían "primero por las matanzas oficiales y luego por las burradas de la guerrilla, las amenazas de los narcos y las masacres de los paramilitares. Lo habían perdido todo: la casa, la inocencia, el entusiasmo, la fantasía, la confianza en la magia y hasta la memoria" (2003, p.196). Vemos entonces cómo en Tierra Caliente el resentimiento viene desde un pasado anterior a la política de Apartamiento impuesta desde las tierras altas. Esto se entiende ya que una política así no puede

¹⁸ Esta situación podría estar haciendo alusión a la sentencia T1042 de 2001 en Cartagena, donde el administrador de un edificio les tenía prohibido a las empleadas domésticas tomar el ascensor que era destinado para propietarios y visitantes.

instaurarse en un lugar donde no haya existido la exclusión antes, es muy violenta para ser simplemente impuesta. Al igual que los ghettos, sólo fueron imponiéndose poco a poco. Por eso la resistencia no fue importante.

A través del personaje de Candela, el autor rinde un homenaje al Nobel Gabriel García Márquez, ya que por su origen, Macondo, y al ser sobrina del Coronel Aureliano Buendía, recordamos personajes y lugares de *Cien años de soledad*. Sin embargo, esto no es sólo un homenaje, sino que representa una metáfora ya que ella posee un pescadito de oro, el cual corresponde a uno de los que hacía y deshacía el coronel en sus últimos años de vida. Óscar Osorio (2005) interpreta esta fabricación y destrucción como el ciclo repetitivo de la violencia:

La imagen del coronel Aureliano Buendía repitiendo el gesto de hacer y deshacer sus pescaditos de oro, puede ser leída como una metáfora de la violencia, según la cual la violencia repite su rito de sangre de generación en generación en un eterno ciclo de salida. El pescadito de oro en las manos de Virginia simboliza ese pasado de violencia que ha repetido su rito en todas las guerras civiles del siglo XIX, en que participó el coronel; en la violencia posterior, que desplazó a los Buendía de Macondo; en la violencia actual que los arrincona en Tierra Caliente (p.185)

Igualmente lo ve el crítico Geoffrey Kantaris (2008) cuando en su artículo “El cine urbano y la tercera *Violencia* colombiana” señala:

La representación de la violencia en Colombia es un acto de desplazamientos ... violentos. Es un desplazamiento histórico conocido con el nombre de la *Violencia*, que se reduplica en cada década y se vuelve cada vez más amplio, consume toda representación de la violencia desde 1948 por lo menos (p.455) ¹⁹

¹⁹ Este ensayo se encuentra en la *Revista Iberoamericana* Núm. 223 titulado: “Violentamente Colombia”, 2008.

Por lo tanto, con la novela *Angosta* estamos frente a una violencia que viene desde ese pasado que nos narra Mejía Vallejo con *El día señalado*, pero que se ha ido vigorizando, con políticas como el Apartamiento expuesto en *Angosta*, que intentan dividir, excluir, atemorizar y que generan descontento. Esta insatisfacción, en especial de los segundones y tercerones, es atacada por grupos organizados de Tierra Alta, pero sin conseguir solución alguna, ya que en Tierra Caliente responden, y se convierte en el círculo vicioso de la violencia al que hace referencia Osorio, y que se describe en el libro del geógrafo Guhl:

...por un lado algunos de los grupos de los terroristas más feroces y despiadados de la tierra; guerrilleros polpotianos sin hígados, que secuestran y asesinan a todo aquello que les huelga a “sangre de dones o cara de ricos”. Y por el otro lado los grupos aliados del establecimiento, igualmente crueles, que creen que es posible eliminar el descontento matando a los descontentos (2003, p.308-309)

Es esta violencia cíclica que no parece tener fin, la que se es llamada por algunos como la “segunda gran violencia” y por otros “la tercera violencia colombiana”²⁰, en la que las muertes de unos sepultan las masacres de otros. Donde los noticieros hablan de desaparecidos y secuestrados, de ataques terroristas y asesinatos, sin ningún tipo de distinción ni escrúpulo. Mientras García Márquez en *Cien años de soledad* (1992) percibe a Macondo una génesis, donde: “El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo” (p. 9), en *Angosta* nos encontramos más con un Apocalipsis, donde las cosas ya tienen nombre y están siendo destruidas en una ciudad degradada en la cual reina la barbarie, muy similar a la descrita por Fernando Vallejo.

Es a raíz de la representación violenta dada por Abad Faciolince de la ciudad colombiana, que Luis Fernando González Escobar (2009) lo califica como “un pesimista futurista” (p. 4) en

²⁰ Estos términos han sido usados por Óscar Osorio (2005) y Geoffrey Kantaris (2008) respectivamente.

su artículo “Medellín. Entre el pasado y el futuro”. Sin embargo, más que una novela pesimista, podemos entender esta obra no sólo como una crónica de supervivencia, donde los habitantes de la ciudad buscan la felicidad dentro del conflicto, de lo cotidiano; sino también como una muestra de los resultados generados por un trato con el Otro a través de la guerra y del aislamiento detrás de murallas reales e imaginarias.

De este modo, Abad Faciolince, de las tres posibilidades señaladas por Kapuscinski en el encuentro con el Otro, nos presenta como única salida a la violencia el diálogo, pues como queda plenamente demostrado en *Angosta*, los otros dos caminos sólo generan mayor violencia, conclusión con la que Kapuscinski concordaría cuando señala: “...We should seek dialogue and communication with [the Other]. The experience of spending many years among distant Others has taught me that friendliness toward another human being is the only attitude that can touch a chord of humanity in him” (2008, p.92)

Por lo tanto, más que pesimistas, *El día señalado*, *La virgen de los sicarios* y *Angosta* son novelas que nos muestran que existen soluciones a la violencia expuesta en sus páginas. Mientras Mejía Vallejo nos invita a mirar nuestro pasado, nuestro origen campesino y encontrar en él la vida pacífica que conlleva una comunión con el campo y lograr el diálogo propuesto por el padre Barrios. Fernando Vallejo destaca cómo, sin aceptarlo, podemos ser parte del problema, y además nos invita a participar de una búsqueda para responder a la violencia siendo tolerantes y dejando el odio, y no sólo limitarnos a criticarla. De manera similar, Abad Faciolince nos propone un diálogo, una tolerancia, del mismo modo que fue expuesto por su padre asesinado, Héctor Abad Gómez, en su libro póstumo *Manual de tolerancia* (2007).

En este texto, Abad Gómez entiende la violencia como un síntoma de la situación que sufre el país, de males sociales profundos como lo son la injusticia, la pobreza, el rechazo; y no

como un elemento necesario para el establecimiento del Estado, y la preservación del mismo, como se observa en *El día señalado*, *La virgen de los sicarios* y *Angosta*. Abad Gómez plantea una manera diferente de atacar la violencia existente:

Tratar de acabar la violencia con ‘otra violencia’, es como pretender curar una enfermedad con otra enfermedad. Esto es lo que hemos venido haciendo –sin éxito, por supuesto– durante casi doscientos años de historia colombiana... Porque no es matando guerrilleros, o policías, o soldados, como parecen creer algunos, como vamos a salvar a Colombia. Es matando el hambre, la pobreza, la ignorancia, el fanatismo político o ideológico, como puede mejorarse este país (p. 72-73)

Finalmente, cuando hablamos de violencia, nos damos cuenta que es un tema que viene desde los primeros años de nuestra nación, y que encontramos en novelas como *El día señalado*, a mediados del siglo XX, en la que se nos invita a buscar en nuestro pasado y en el diálogo estrategias para contrarrestar la violencia. A finales del Siglo XX tenemos *La virgen de los sicarios*, la cual nos invita a experimentar con la tolerancia, la erradicación del odio. Y más recientemente, a comienzos del siglo XXI, con *Angosta*, observamos los resultados de las divisiones, de las injusticias sociales, de las segregaciones.

Para terminar, podemos destacar que aunque estas novelas son muy descriptivas en las barbaries incurridas durante dos períodos históricos diferentes, notamos que nos muestran los caminos similares que generan más violencia, pero así mismo nos sugieren aquellos caminos que nos ayudarían a terminar la brutalidad que ha permanecido en la historia colombiana por tantos años.

Bibliografía

- Abad Faciolince, H. (2003). *Angosta*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Abad Gómez, H. (2007). *Manual de tolerancia*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Carvalho, S. (2007). *Contemporary Spanish American novels by women: mapping the narrative*. Rochester, NY: Tamesis.
- Clark, N. L., & Worger, W. H. (2004). *South Africa: The rise and fall of apartheid*. Edinburgh, UK: Pearson Education Limited.
- Collazos, O. (2011, Octubre 12). La 'sicaresca' colombiana. *El Tiempo*, Retrieved from <http://m.eltiempo.com/opinion/columnistas/scarcollazos/la-sicaresca-colombiana/10553084>
- García Márquez, G. (1992). *Cien años de soledad*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- González Escobar, L. F. (2009). Medellín. entre el pasado y el futuro. *Revista Todavía*, Retrieved from <http://www.revistatodavia.com.ar/todavia22/22.ciudadesnota.html>
- Gumilla, J. (1963). *El Orinoco ilustrado y defendido*. Caracas: Academia nacional de la historia.
- Kantaris, G. (2008). El cine urbano y la tercera *Violencia* colombiana. *Revista Iberoamericana*, 223, 455-470.
- Kapuscinski , R. (2008). *The Other*. London, England: Verso.
- Mejía Vallejo, M. (2002). *El día señalado*. Bogotá: Plaza & Janés Editores.
- Osorio, O. (2005, 06). *Angosta* y el ancho caudal de la violencia colombiana. *Poligramas*, 22, 177-188.
- Paz, O. (1997). *El laberinto de la soledad*. New York, NY : Penguin Books.
- Ramos, O. G. (1972). *De Manuela a Macondo*. Bogotá, Colombia: Biblioteca Colombiana de Cultura.
- Roldán, M. (2002). *Blood and fire: La violencia in Antioquia, Colombia, 1946-1953*. Durham, NC; London, Engalnd: Duke University Press.
- Rueda, M. H. (2008). Nación y narración de la violencia en Colombia (de la historia a la sociología). *Revista Iberoamericana*, 223, 345-359.
- Sanín, C. (2009, 10 23). Los buitres comen basura. *El Espectador*. Retrieved from www.elespectador.com

Téllez, H. (1969). *Cenizas para el viento, y otras historias*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Troncoso, L. M. (1986). *Proceso creativo y visión del mundo en Mejía Vallejo: un acercamiento al proceso cultural antioqueño*. Bogotá, Colombia: Procultura: Presidencia de la República.

Troncoso, L. M. (1990). Proceso creativo y visión del mundo en la obra de Manuel Mejía Vallejo. In I. Peña Gutiérrez (Ed.), *La Tierra soy yo: compilación de textos sobre la obra de Manuel Mejía Vallejo* Bogotá, Colombia: Fundación Tierra de Promisión.

Vallejo, F. (1994). *La virgen de los sicarios*. Bogotá, Colombia: Editorial Santillana.

Vasconcelos da Silva, A. (1984). *Semiotização literária do discurso*. Rio de Janeiro: Elo.